



Cuanto más vieja y débil la ven más le aumentan la carga

MADRILEÑERÍAS

A la Exposición de Industrias no iba nadie; digo mal, ir sí iban unas cuantas docenas de personas; pero en la taquilla no se recaudaba ni una mala peseta sevillana. Algunos desocupados á qu'en s la Comision ejecutiva concedió *pases* eran los únicos concurrentes á las veladas del gran certamen. El pueblo soberano, con su elo'cuente retraimiento, demostraba que la industria madrileña no le merece el mísero desembolso de dos reales.

Coria adelgazaba del disgusto; Aguilera se arrancaba con rabia mechones de pelos de su barba patriarcal.

Era preciso discurrir alguna combinacion que animase aque'lo. Aguilera no discurre; para eso tiene á Coria; y Coria torturaba su magi'i pensando de qué medios s podría valer para cubrir los gastos de secretaria.

—¿Si consiguiésemos que los solidarios la diesen por venir aquí por las noches? Es gente que suele tomar café y siempre harán algun gastillo en

el Bar. Además, como están de moda, traerán consigo su pequeña corte de amigos y curiosos y quién sabe si se logrará que vengan tambien tras de los diputados solteros de la *colla* algunas de las niñas cursis de Recoletos que sueñan con atra'par un solidario que las redima de la soltería y las lleve al Himeneo sobre una alfombra de piezas de tejidos de Tarrasa ó paños de Sababell—debió pensar Coria, que conserva todavía rasgos de psicólogo de los buenos tiempos en que se hicieron famosas sus cuaremales.

Al día siguiente los solidarios recibían *pases* de la Exposición acompañados de volantes de Martín Lorenzo rogando que fuesen por el Retiro y comunicándoles que en obsequio á los catalanes se bailarían todas las noches sardanas.

¡Que sí quieres! Pasaban los días y las noches sin que el ojo avizor de Coria, que, sentado en un sillón junto á la puerta esperaba impaciente el resultado de su treta, atisbase la entrada de un solo diputado solidario.

Coria temió quedar en ridículo ante Aguilera y se decidió á buscar á los solidarios.

—¿Por qué no vienen ustedes por la Exposición? ¡Verían bailar la sardana! Aquello parece el Parque de Barcelona ¿No recibieron ustedes los *pases* que les envié?

Los solidarios le contestaban con evasivas.

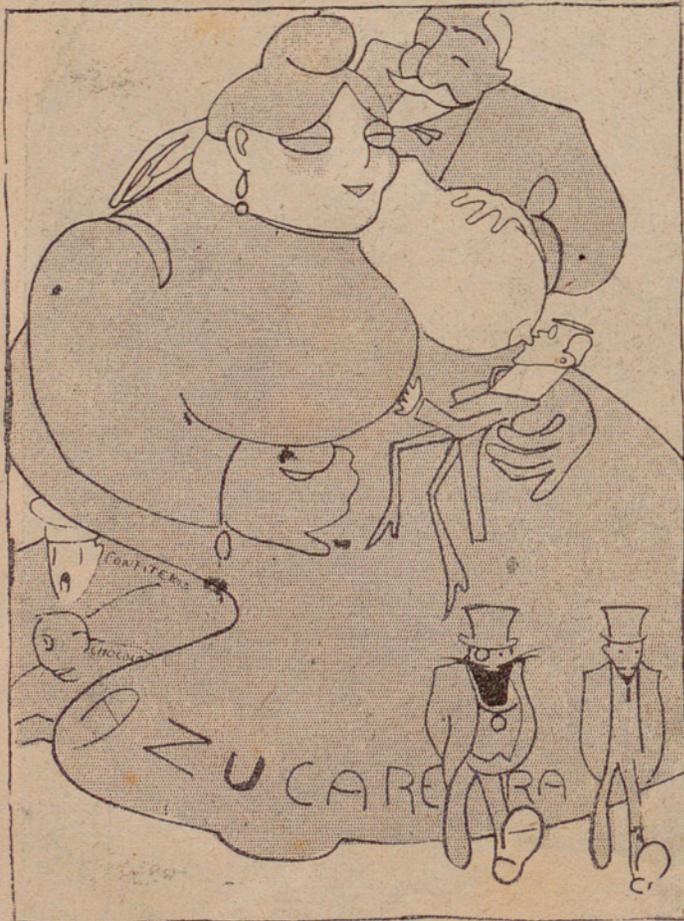
—¡Hoy no puedo; pero cualquier noche de esas iré por allí!...

Realmente, la verdad era que, á pesar del *pase* y de la sardana, la visita á la Exposición no compensaba los treinta céntimos que cuesta el tranvía, y los diputados solidarios son gente práctica.

Desesperado, Coria tuvo otra idea que no tardó en convertirse en otro fracaso. Un clavo saca otro clavo, debió decirse; ya que al público madrileño no le interesa la Exposición de industrias indígenas, busquemos una atracción que despierte su curiosidad y halague sus aficiones... El baile. Dicho y hecho Recorrió los cafés de tablado, se puso al habla con algunos elementos des'perdigados desecho del *Kur'saal*, y en un periquete organizó una *troupe* de bailarinas que ya con la voluptuosa sevillana, el tango lascivo ó el desenfrenado *cancan* no cesasen de hacer piruetas desde la tarde á la madrugada para solaz de expositores y visitantes.

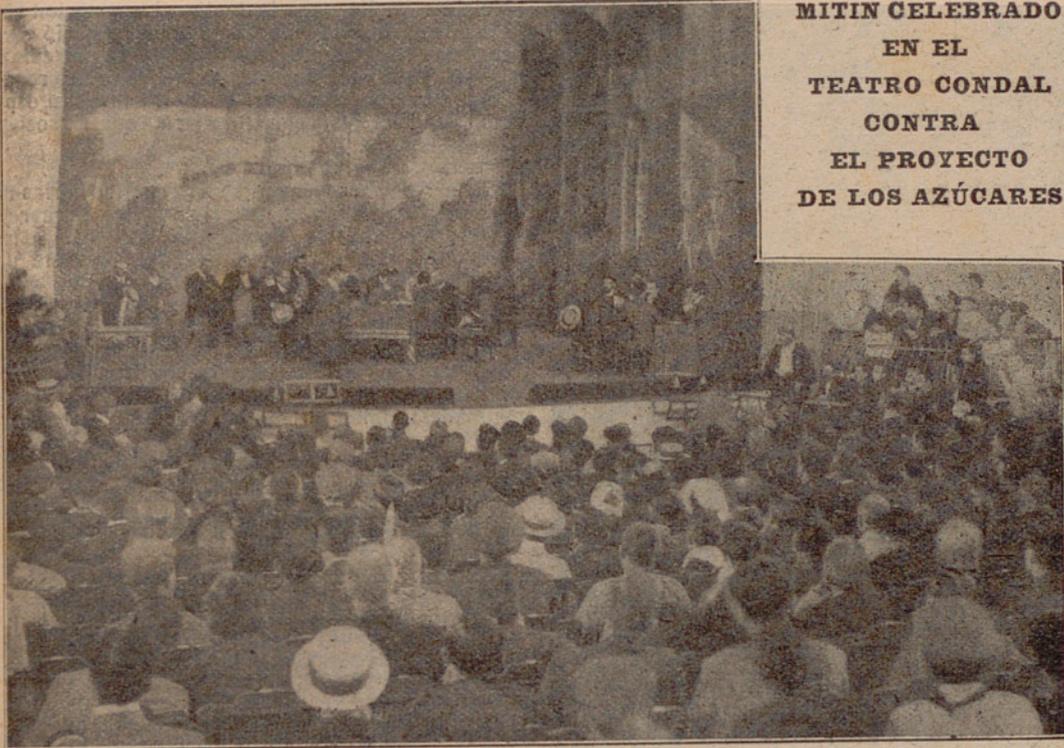
Aguilera, hombre morigerado, opuso algun reparo al innovador pensamiento; pero Coria venció sus escrúpulos y logró convencerle. Aunque *el can can* no es genuinamente madrileño, encaja'ba perfectamente; al fin y al cabo se trataba de una Exposición de industrias, molde amplio, dentro del cual caben muchas cosas.

Dulce y sabrosa



De su endulzado pezon tiene al Congreso prendido, y ve con satisfaccion que hace de cada mamon un amigo convencido.

MITIN CELEBRADO
EN EL
TEATRO CONDAL
CONTRA
EL PROYECTO
DE LOS AZÚCARES



La concurrencia

Las pantorrillas de las bailarinas consiguieron lo que no se había logrado con los callicidas, los tapices y los muebles... Las noches de la Exposición se vieron regularmente animadas. En la taquilla comenaron á recaudarse algunos reales, pero el triunfo de Coria fué breve y fugaz.

El público es muy exigente. Había individuado que se creía que la peseta que había pagado en la puerta le daba derechos intolerables, y la Comisión ejecutiva tuvo que velar por que se respetase lo dispuesto por el reglamento:

«Se prohíbe tocar los objetos expuestos...»

¡No faltaba más! Hay gentes inciviles que por cuatro reales quieren recrear la vista, pasar el tiempo y despues llevarse á su casa lo que más les agrade.

Aguilera y Coria no se daban reposo en la tarea poco lisonjera de vigilar á las niñas de la *troupe* y á los niños góticos que acudían al espectáculo. Aquello era desagradable y violento, tanto para el exalcalde de Madrid como para el emayordomo del Municipio de Barcelona.

Se adoptaron medidas de rigor y la moral triunfó; pero el público volvió la espalda.

Coria se daba á todos los diablos, cuando una mañana se presentó por las puertas de su despacho un francés, que, chapurrando mala-

mente el castellano, le propuso la exhibición de un número sensacional.. Casi matarse á la vista del pueblo soberano.

Montado en bicicleta á una altura de quince metros se dejaba caer y seguía pedaleando por el espacio diez metros más hasta dar con otra pista... Una barbaridad.

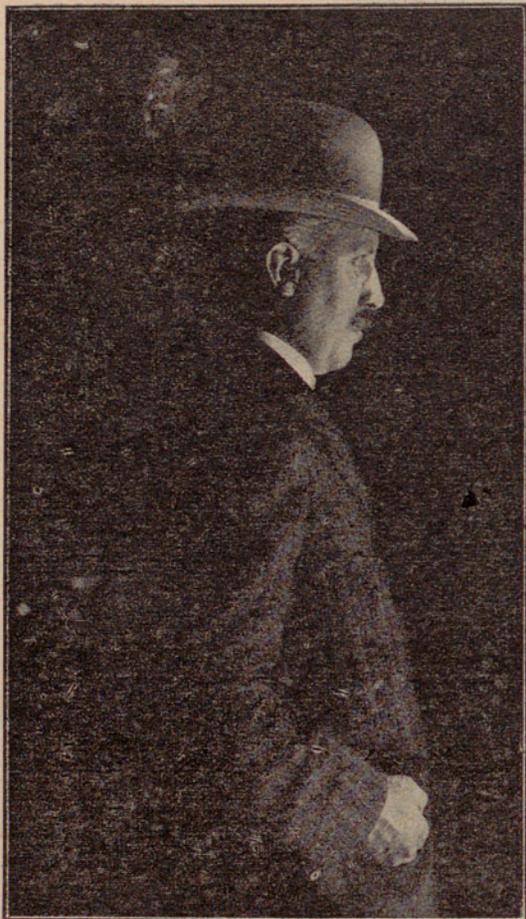
Coria le escuchaba embobado..

—Eureka!—debió exclamar para su abdomen.— Esto se ha salvado...

Contrató al francés y le dió como anticipo, á cuenta de la suma estipulada, unos cientos de pesetas, todo el haber que existía en la caja de la Exposición.



La presidencia



Mr. Charles Arrow

Inmediatamente procedió á redactar los carteles anunciando el más sugestivo de los programas: «Exposición de Industrias madrileñas, bailes, concierto y, finalmente, el *clou* de la *Exposición*, un francés que se despanzurra á la vista del público... ¡Todo por una peseta!» Vamos, que era preciso robarla. Llegó la noche del *debut*. La *Exposición* estaba llena, los de las taquillas pedían sacos para guardar la calderilla. La muchedumbre agolpada bajo la pista monumental, desde donde tenía que arrojarse el francés, rugía de impaciencia.

De pronto apareció Coria, pálido como la cera. El francés había escurrido el bulto. Aguilera apostrofaba al pobre secretario.

—Esto no le pasa á nadie más que á usted. Ahora la gente nos lynchará, y nos lo tendremos merecido.

El público se impacientaba por momentos... ¡Menuda tormenta amenazaba! Y el francés sin parecer...

Yo no sé lo que paso; pero cuando los rugidos de la multitud atronaban el espacio, Aguilera extendiendo los brazos con gesto imperativo, debió decir algo que no admitía réplica... Coria, con la cabeza caída y el semblante desencajado, entró en una caseta inmediata á la pista.

Unos minutos despues un hombre obeso, cubierto con una especie de saco que le tapaba el rostro, apareció tambaleándose sobre una bicicleta y su bió al entarimado. La multitud aplaudía. El de la

bicicleta vaciló unos instantes. La emoción hizo enmudecer todos los labios; sólo me pareció escuchar una voz potente que desde el otro extremo de la pista gritaba: «Animo» La bicicleta emprendió veloz carrera y el hombre obeso se lanzó al espacio, yendo á caer sobre Aguilera, que lo recogió en sus brazos.

El número sensacional se ha repetido varias noches. El temerario ciclista siempre suele caer sobre la voluminosa humanidad de Aguilera. La mayoría del público no lo advierte, porque una pantalla de trapos tapa el sitio de la caída.

¡A mí no me la da nadie! No creo en la existencia de ese temerario francés... Apostaría á que el hombre obeso de la bicicleta es el propio Coria, el auténtico y nunca bastante ponderado secretario.

Madrid, Julio.

TRIBOULET.

¡RESPIREMOS!

Ciudadanos: ¡*Sursum corda!*
¡Arriba los corazones!

Ya no hay miedo á que nos maten,
ya no hay miedo á que nos roben.

Ya se encuentra entre nosotros
el salvador de los hombres,
el gran superpolicía
que hemos contratado en Londres.

Para que nadie supiera
que llegaba el polizonte,
el día de la llegada
se fué pregonando á voces,
y de este modo lograron
sus sandios aduladores
que conocieran al *mister*
los que han de esquivar sus golpes.

Cierto que él, por remediar
el reclamo burdo y torpe,
entró ocultando la cara
y tomando precauciones.

En los días sucesivos
ha evitado todo roce
con fotógrafos traviesos
y periodistas fisgones.

Y ha sido tal su cuidado
en esconder hasta el nombre,
que hoy sabemos cómo duerme,
lo que bebe y lo que come;
sabemos por los retratos
que han hecho artistas traidores
que es hombre de buena estampa,
aunque de cara feroce.

Por el pronto es arriesgado
juzgar sólo por su porte
si es tan ducho como dicen
los que nos lo traen de Londres;
mas yo tengo mi opinión,
y, á falta de otras mejores,
la voy á exponer rimada
en unos cuantos renglones.

Si inesperados motivos
á su gestión no se oponen,
yo afirmo rotundamente
que hará lo que se le antoje.

¿No viene á coger la fiera
ruin que las bombas nos pone?
Pues que ha de cogerla digo,
fundado en grandes razones.

Si Arrow vive en Barcelona
como en su tierra y al *soplen*
se dedica los domingos
como á un inglés corresponde,
puede afirmarse en redondo
que antes del lunes *la coge*.

J. DE ARAGON.

LA LECHUZA

El primer vómito de sangre le sorprendió en su casa una madrugada de Marzo. Augusto acababa de entrar en su habitación despues de pasar la noche en el club jugando al *baccarat*. Se quitaba las ropas cuando sintió náuseas y un dolor agudo en el pecho; en seguida le acometió un hipo angustioso y empezó á arrojar bocanadas de sangre. Se puso á temblar como un niño espantado y un escalofrío le postró en el lecho, sobreviniéndole intensa fiebre.

A medio día el enfermo, extenuado, respiraba fatigosamente; á las seis de la tarde, despues de una reaccion favorable, se produjo el segundo vómito; el doctor Moran se sintió descorazonado, me llamó aparte y me anunció la tisis galopante. Esa misma noche decidimos el traslado del enfermo á una casa de campo.

Alquilé en un sitio solitario una pequeña casa perdida entre los árboles, y un martes por la tarde Augusto quedó instalado en su nueva habitación, frente á la ventana, abierta de par en par. Desde la cama el enfermo veía la campiña. Al principio el aire libre pareció que le reanimaba; pero la fiebre se mantuvo implacable. Por la noche celiraba y á la madrugada caía en un sueño agitado, interrumpido por los accesos de tos. Tenía caprichos de niño y se encolerizaba si se resistía á sus pueriles deseos. Otras veces, despues de arrojar

sangre, lloraba silenciosamente acurrucado debajo de las sábanas.

Desde la primera noche velé al enfermo. Me sentaba junto á la cama, frente á la ventana abierta; en las primeras horas Augusto consentía en conversar ó en que le leyese algun libro; luego cerraba los ojos y en la habitación sólo se oía el jadeo de la fatigosa respiracion del enfermo y los ruidos de la noche que entraban por la ventana abierta.

Augusto, pretextando la soledad del paraje, exigió un arma; fué necesario acceder y colocamos junto á su cama una escopeta cargada. Yo mismo solía tranquilizar mis inquietudes mirando la escopeta. El silencio me pesaba demasiado sobre el alma cuando el enfermo, en medio del delirio, se dormía articulando palabras extrañas.

Al principio experimentaba un vago malestar, luego me acometía el miedo y permanecía trémulo, espiondo los menores ruidos que venían del campo, el rostro cadavérico de Augusto y el cuadro de sombra de la ventana abierta. Ansiaba entonces con toda el alma la llegada del día y avivaba la llama de la lámpara con la esperanza de que la luz dispasé mi espanto.

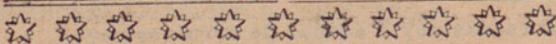
Pero el horror de las treinta noches que velé á Augusto no es comparable con el de la última. Fué aquella una horrible pesadilla, grotesca y trágica



¿No veis que con vuestras travesuras voy á acabar de arruinarme?



Para encontrar a los verdaderos autores no ha tenido el señor Ossorio que salir de casa.



á la vez, en la que el espanto y lo pueril me destrozaron el espíritu y me llevaron á un paso de la locura.

El doctor Moran se había retirado esa tarde sin anunciar nada de anormal para la noche; el enfermo se extinguía, pero el médico no previó la brusquedad del fin.

A las nueve Augusto se adormeció. La noche era oscura y tempestuosa; el viento soplaba furiosamente, produciendo ruidos extraños; á intervalos se colaba en la habitación y apagaba la luz de la lámpara. Por la ventana abierta penetraban los siniestros rumores del campo, rumores misteriosos que vienen de la sombra y cuya causa no se atreve á preguntar el espíritu.

Desde temprano sentía miedo; Augusto dormía; la sombra proyectada por la pantalla ahondaba atrocemente sus órbitas; la blancura de los dientes se percibía entre los labios secos y entreabiertos, y su nariz alilada parecía la de un cadáver. Los parpadeos de la lámpara daban á aquella figura sepulcral no sé qué de fugitivo y trágico.

A las doce la angustia se me hizo intolerable y deseé que el enfermo despertara. Moví la botella del agua y Augusto abrió los ojos, me miró y dijo:

—Quiero más luz.

Avivé la llama de la lámpara y el enfermo sonrió.

—Soñaba que esta noche me había muerto.

—No digas niñerías, Augusto—le repliqué con voz insegura.

En este instante oí un chirrido que venía de afuera y luego sentí un vuelo torpe y pesado, y enseguida una lechuza, cegada por la luz de la lámpara, se paró en el alféizar de la ventana.

La escena fué rápida como el rayo. Augusto se incorporó de un salto y antes de que yo pudiese evitarlo cogió la escopeta, apuntó á la lechuza é hizo fuego. El ave herida lanzó un chirrido, revoloteó por la habitación, ciega y espantada, y fué á caer sobre la cama del enfermo, manchando con su sangre el cobertor.

—¡Echa á la lechuza, quiero que la eches!

—gritó encogiéndose debajo de las sábanas. Me apoderé del animal, que se mantenía quieto, y Augusto tuvo un capricho que me

espantó por lo pueril y extravagante. Se empeñó en que atara un cordel á la pata de la lechuga y la mantuviese cautiva. Aseguré el extremo del cordel á la mesa; la lechuga dió algunos saltos torpes, chirriando lúgubrememente, y se quedó inmóvil mirando al enfermo.

Augusto miraba también fijamente á la lechuga; yo creía soñar ó asistir á una incomprensible comedia trágica. No sé si lo rudo de la sensación me venció y me adormecí; un ronquido me sobresaltó; me incorporé inquieto y me lancé hacia el lecho. Entonces pasó algo inexplicable y horrible; sentí de nuevo el vuelo torpe y pesado; una ráfaga de viento apagó la lámpara, la lechuga lanzó un chirrido estridente y el ave me azotó el rostro con el ala fría y repugnante al huir por la ventana.

Quedé á oscuras, de pie junto al lecho de Augusto. No me atrevía á moverme; el horror me paralizaba; tenía el cabello erizado y sentía frío. No puedo precisar el tiempo que permanecí dominado por el terror. Cuando fui dueño de mi voluntad me incliné sobre el lecho y repetí en voz baja tres veces:

—¡Augusto, Augusto, Augusto!

El enfermo no respondió; busqué su mano sobre el cobertor y estaba helada. Entonces me senté en el borde de la cama y me mantuve quieto hasta que entró la luz del día por la ventana abierta. Augusto parecía dormir; un hilo de sangre coagulada colgaba de los labios del muerto.

Desde entonces no he vuelto á velar enfermos.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

¡A votar!



Los diputados rurales acudiendo á la llamada del jefe

Toca. Espere usted que voy á la Granja á recomendar un asunto.
Sanllehy.—Gracias; pero cuando usted va, yo vuelvo.

ZARANDAJAS
REVISTA DE MODAS

Yo, que ante todo soy hombre práctico—práctico en esto de ser hombre—, no quiero quedarme sin lectores y mucho menos sin lectoras, como me ocurriría, indefectiblemente, si cultivando la actualidad, aun cuando fuese con azadon ó con el Larousse, me obcecara en escribir sobre el azúcar de remolacha ó la desgravación de los vinos.

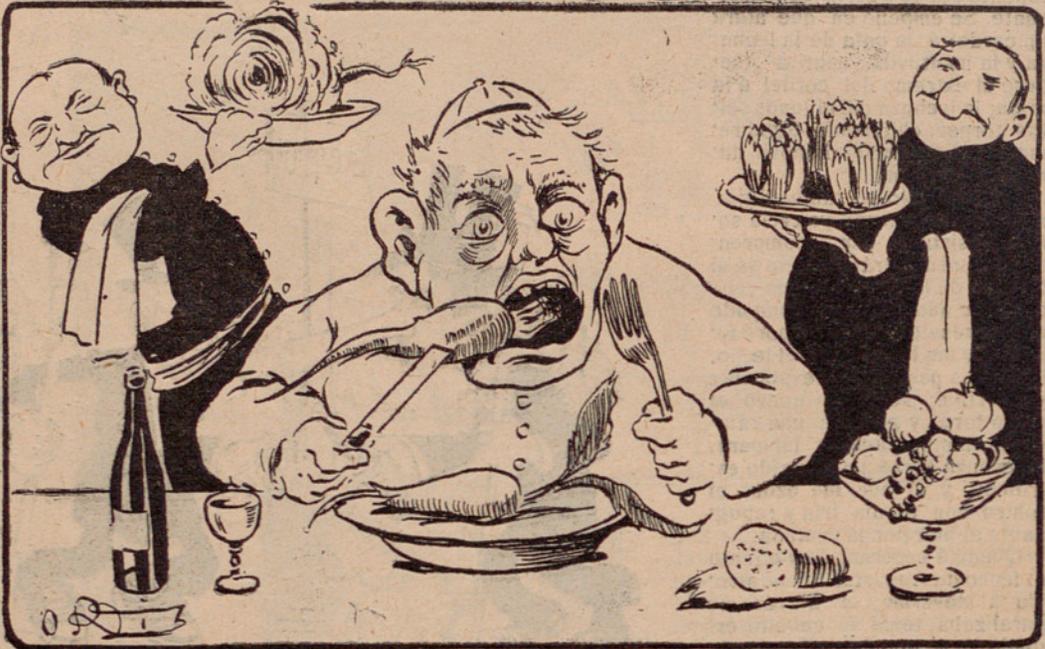
Cierto que eso es lo que *ahora se lleva* en finanzas y con lo que ahora se llevan lo poco que hay para llevarse; pero, aun cuando parezca extraño es mucho más interesante y tiene más público el escribir de modas masculinas ó femeninas y neutras.

Hablemos, pues, de eso, de modas, y dejemos libre el tema de las acciones liberadas, que, digan lo que quieran los moralistas, no son tan malas acciones.

Ante todo una declaración trascendental: el *cocker cake*, que tanto gusto dió la temporada anterior, este año sólo tiene aceptación entre los parlamentarios.

Otra declaración no me nos trascendental: es más fácil soltar un terno que hacérselo.

La dieta del Papa



A medida que los médicos
le añoran la calidad

de los manjares, el Papa
refuerza la cantidad.

Para los que se lo pueden hacer, aunque luego tenga el sastré que soltar más de uno ante los aplazamientos de la cuenta, pueden servir las subsiguientes indicaciones.

Es indudable que el feminismo hace prosélitos entre los hombres; esta es una opinión en que coincidimos hace tiempo Sanllehy y yo. Por ello él se ocupa en la reforma del casco antiguo, supongo que en una *pamela* con flores y *gran amazona*, y yo me intereso por los pantalones acampanados y las americanas con *tontillo*, no precisamente por el que llevan dentro, sino por el arcaico mirriñaque que necesitan para aguantar el excesivo vu-lo que van tomando.

Es un hecho, y un hecho grave, como dicen los ateneístas cuando van a soltar una gansada, que aquí los hombres se feminizan lastimosamente y que se masculinizan las mujeres. Siguiendo tal camino muy pronto llegaremos a que no haya más hombres... que las mujeres.

Pero es la moda y á ella hay que atenerse. Hoy necesita más tela una americana de Tort y Martorell que antaño un gabán de Solferino, y esto, que aparentemente no tiene importancia, puede llevar á la historia á confusiones lamentables, haciendo creer á los historiógrafos de tiempos futuros que aquí abundaban los grandes hombres, cuando no hay más que chaquetas largas.

En cambio, la hipocresía de los tiempos y el calor de la estación han decretado la desaparición de los chalecos—al propio tiempo que Ossorio endosaba la Higiene á la Junta de Sanidad—y claro que de la moralidad de una sociedad sin chalecos habrán las generaciones venideras de formar un alto é inmerecido concepto.

¡Hasta Mir y Miró sin chaleco!

Ya les he dicho á ustedes que los hombres se feminizan rápidamente.

Hé aquí el último figurín, que pueden ustedes estudiar con más detalle en *cabo Gandul*—acera

de Libre—ó en la esquina del Continental, emporio del narcisismo local.

Por la mañana: Zapatos Roosevelt, grandes como mis fatigas, pero no tan «negros como mis pesares»; calcetines muy visibles con artísticos calados, por donde asoman algunos hirsutos pelos; pantalon amplísimo de perneras, rayado como una falsilla, chaqueta con talle de avispa y vuelo, mucho vuelo, pero con pocos botones; corbata de vivos colores (el calabaza se lleva mucho entre los calabacines); cuello de 0'37 metros exactamente; cara afeitada como un clérigo; peinado en *bandeaux*, estilo Cleo, y *Panamá*—lo de las acciones liberadas sostiene la moda—con alas totalmente caídas.

Por la tarde: El mismo traje con pequeñas modificaciones y el panamá con el ala levantada por delante.

Por la noche: Pantalón blanco, chaqueta negra, con pocos botones ¿eh? y *canoliere* de ala estrecha para que sea de poca sombra.

Todavía no se usa polison, pero está al caer.

En cuanto á prendas interiores no hay que preocuparse; si nos metiéramos en interioridades veríamos que hay muchos que llevan el pantalón doblado y el cuello de 0'37 metros y no tienen camisa. Pero no dejan por eso de ser muy elegantes.

Y vamos con las señoras... es un suponer. Un suponer lo de que vamos con ellas, no lo de que sean señoras.

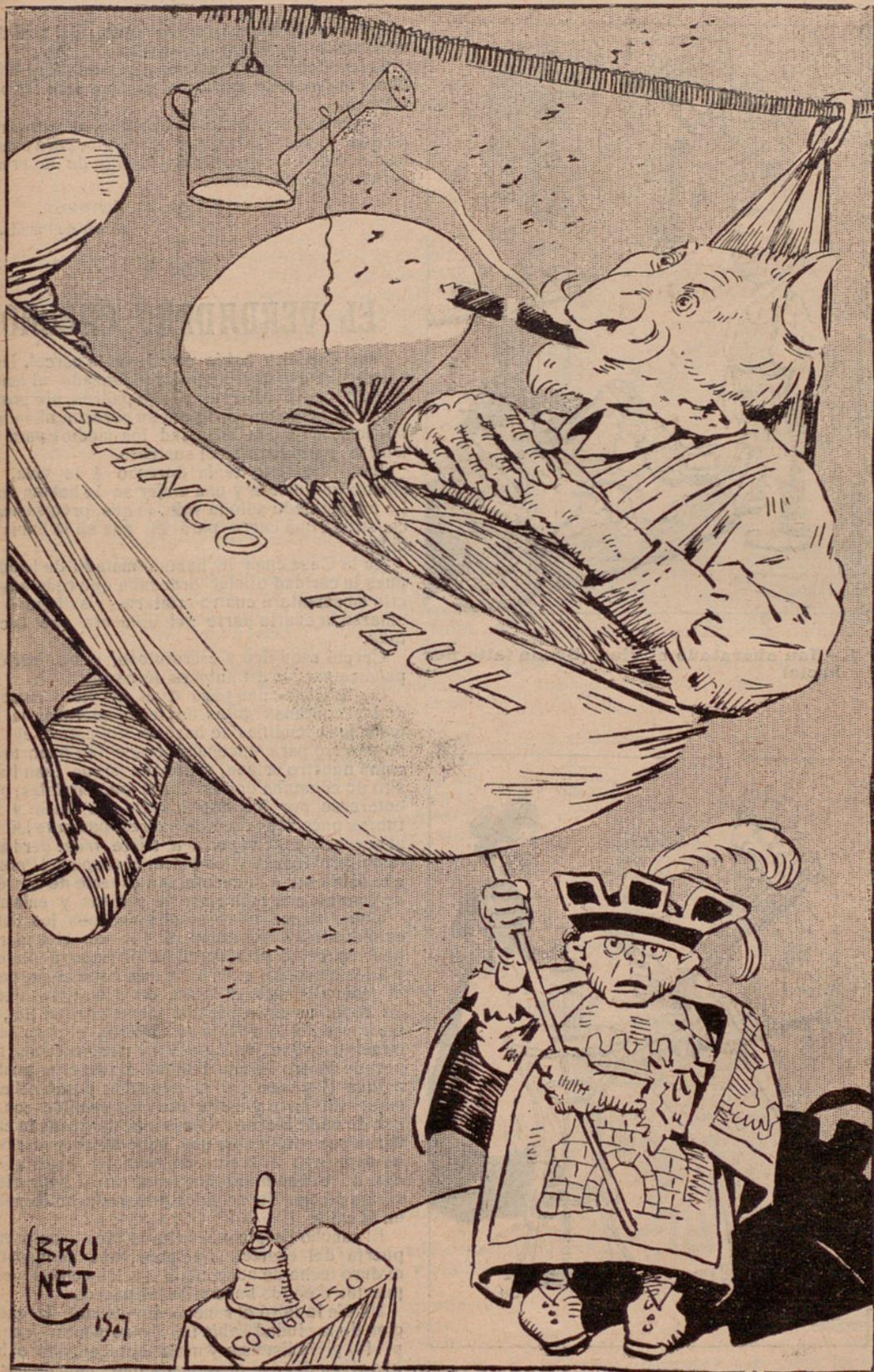
La tendencia es plausible y hay que fomentarla. La moda femenina preponde al desnudo.

¡Gracias á Dios!

¡Vaya, ya hacen ustedes maliciosas apreciaciones!...

No sigan en ellas. Mi devoción por la moda del desnudo femenino nada tiene de pecaminosa, al contrario.

Si voto por ella es porque los *trajes* resultarían más baratos.



Resolucion extrema



1.—Han abaratado el vino. ¡Buena falta nos hacia!



2.—En cambio han subido la cerveza de tal modo que habrá que tomarla á cucharadas.

Aun cuando me ocurre una duda.. ¿Y si el des- nudo nos hacia gastar más dinero?

Creo que al fin y á la postre la moda será ecléc- tica y las señoras acabarán por ponerse los pan- talones.

Por eso es bien que nós vayamos acostumbran- do á las chaquetas largas y con vuelo, para cuando hayamos de cubrir con ellas la falta de la prenda característica del sexo.

JERÓNIMO PATUKOT.
Sucesor de Paquin.

EL VERDADERO CAMINO

Juan Expósito había estado en la cárcel. De la Casa-cuna que lo recogiera fué lanzado al mundo apenas podía valerse, y sin padres, sin protec- cion, sin nadie que dirigiera su corazon ni su inte- ligencia, nególe la sociedad los medios para ins- truirse, para ganarse el sustento.

Juan Expósito tenía derecho á la vida, por cuanto un hombre y una mujer se la habfan dado. Le habfan dado sólo la vida, lo que, precisamente, constituía una carga para él, que no la había pe- dido.

En la Casa-cuna le habfan matado de hambre, pues la caridad oficial ordenaba que cada ama de cría amamantara cuatro criaturas, y sólo pudo asi- milarse la cuarta parte del alimento que necesi- taba.

Creció raquítico y escrofuloso, y no murió en pañales porque así hubiera descansado.

De la Casa-cuna pasó á un hospicio cambian- do las contadas gotas de leche mercenaria por menudas escudillas de bazofia; allí estuvo el tiem- po preciso para enseñarle cosas tan importantes como nuestro origen, y aunque el de Juan Expó- sito no constaba en los libros parroquiales, pudo enterarse por los sagrados de que Adán y Eva fueron nuestros primeros padres, bastante idiotas, al parecer, cuando por ura triste fruta perdieron la dulce holganza y los placeres todos del Paraíso, que debía ser á la cuenta una especie de convento de jesuitas con toda clase de plantas y animales.

Como lógica consecuencia nacimos los demás condenados á ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente (excluyendo á los ricos, á los reyes y á los obispos), pues nada más natural que pague el género humano el deslíz de dos novios ligeros de ropa. Enseñáronle que Josué paró el Sol, que las aguas del Mar Rojo se abrieron al paso de los israelitas y que Jonás pasó tan ricamente una tem- porada dentro de una ballena. Enseñaron tambien á Juan Expósito que el que nada posee debe pa- sarse sin nada y mostrarse muy humilde con los que de nada carecen. Otras muchas cosas le ense- ñaron por este tenor, que hubo de aprender como un papagayo á fuerza de cachetes y castigos, y cuando le iban á enseñar un oficio se suprimieron varias plazas de asilados y le pusieron de patitas en la calle.

El rancho hospiciano lo halló bien pronto en la puerta del cuartel, si no peor, más abundante, y el duro lecho de hospiciano en los quicios de las puertas ó en los bancos de los paseos.

Un día le faltó el rancho del cuartel; la guar- nición de la ciudad había ido á otro punto. Juan Ex- pósito pidió limosna y malamente engañó el ham- bre algun día que otro, hasta que, movido por sus necesidades, se apoderó de lo a eno contra la vo- luntad de su dueño. Lleváronle entonces á la cár-

cel, donde acabaron temporalmente sus fatigas. Allí comía, tenía cama y nadie le obligaba a trabajar ni le hacía aprender fábulas sagradas de memoria. Pero aquella ganga se le acabó el día que le pusieron en libertad. El delito que había cometido le daba derecho a comer sin trabajar sólo seis meses y un día. Debía reincidir si quería gozar más tiempo de comida y cama, y, dicho y hecho, dió en pensar el mejor medio de conseguirlo.

Quiso ahorrarse por de contado la paliza de rigor con que otras veces le obsequiaban en el cuartelillo apenas le echaban el guante, y dar el golpe con cierta cautela por si podía escurrir el bulto en su futura fechoría, para gastarse alegremente el producto del negocio y presentarse despues á la autoridad competente como autor del desaguisado. Así le enriquecerían dignamente, sano y salvo de verdugones.

Dicho y hecho. En las inmediaciones de la ciudad había una hermosa casa de campo cuyo dueño vivía solitario, entregado á regalada vida. Esperaría Juan Expósito ocasion oportuna, saltaría las tapias de la huerta, penetraría en la casa cuando el amo descansase á pierna suelta, se llevaría los bolsillos de monedas y cosa que lo valiese, y ¡pies para qué os quiero!

Era ya de noche cuando se encaminó hacia la quinta del solitario para examinar su contorno y formar el plan de asalto. La puerta de hierro que daba acceso á la huerta estaba ya cerrada. Acurrucóse Juan Expósito tras un seto próximo, en espera, y antes que cantase el primer gallo salió de su escondite, buscó lugar á propósito y saltó la tapia sigilosamente. A pocos metros de donde cayera se alzaba la quinta. En una ventana, casi á ras de tierra, brillaba la luz de una lámpara. El dueño de la casa estaba allí, abismado en la lectura de un libro.

Juan Expósito era cobarde y su primer impulso fué huir por donde había penetrado; pero no contaba con las abiertas fauces de un soberbio perro, que, sin lanzar un ladrido, le hizo presa en una pierna. El muchacho dejó escapar un grito, el lector de la ventana levantóse súbitamente, saltó á la huerta y se encaminó hacia aquel sitio gritando:

¡Sultan! ¡Aquí!

Sultan salió al encuentro de su amo; pero sin soltar su presa, que se dejaba llevar por la cuenta que le tenía. Apenas se topó con aquél el can abrió la boca, sacudióse las pulgas, gruñó é interinóse en las negruras de la puerta para ocupar, sin duda, otra vez su puesto de vigilancia.

Juan Expósito, apenas se vió libre, intentó correr; pero el dueño de la quinta, que era un viejo corpulento, dijole con voz reposada:

— Si huyes te volverá á morder. Sígueme.

El muchacho obedeció. Llegaron en pocos pasos á la ventana, saltó dentro el viejo, pasó luego los brazos fuera é izó al muchacho, que no podía valerse.

— No me pegue usted, por Dios - dijo lo primero, dejándose caer en una butaca.

— No tengas miedo; vamos á ver qué te ha hecho.

Por fortuna para Juan la herida no era cosa mayor y el corpulento señor se la curó y vendó en un periquete de un modo magistral.

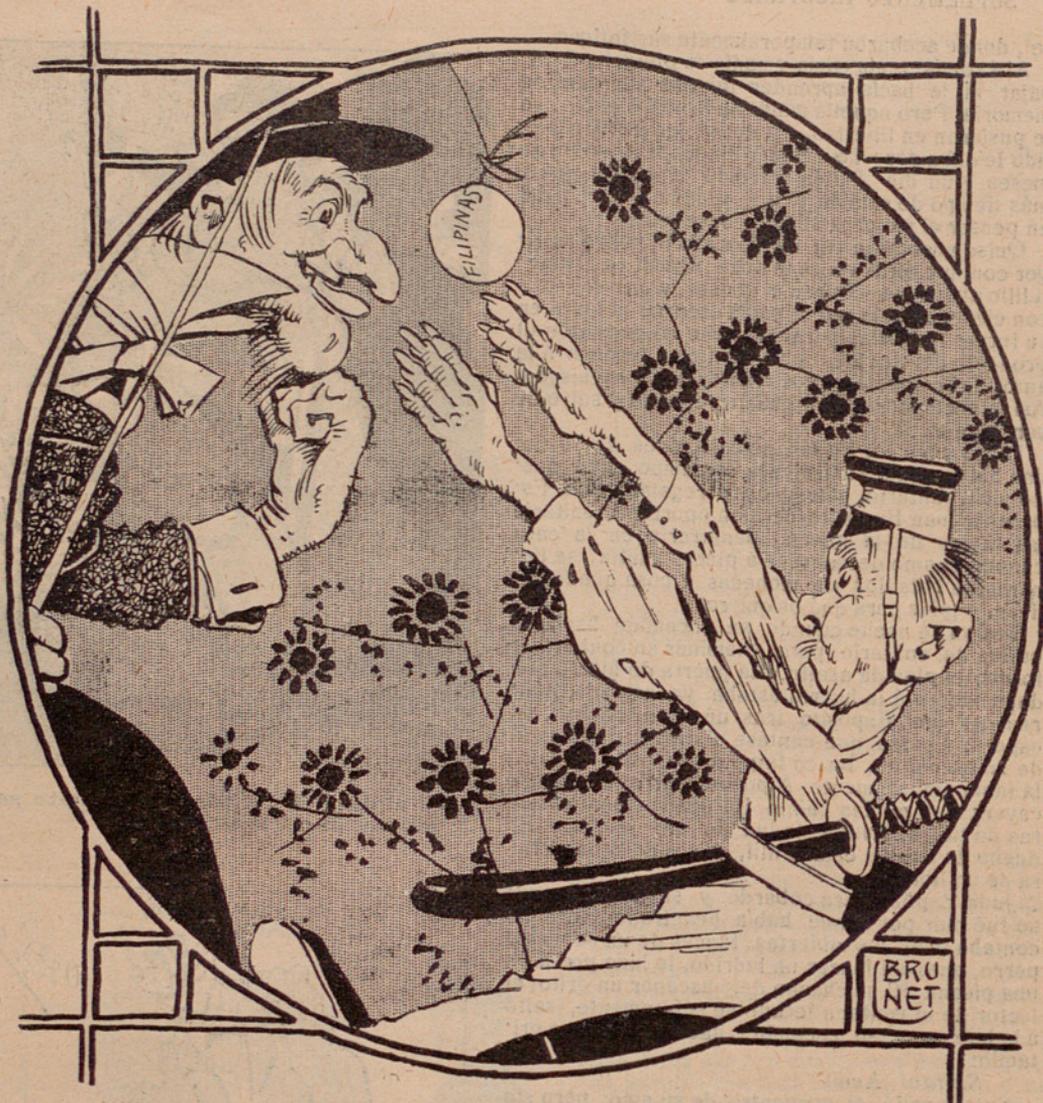
El muchacho no se atrevía á hablar; esperaba, asombrado, que le acabasen de curar y ya cerraba los ojos, esperando el primer trastazo, cuando el viejo, sin decir tampoco una palabra, salió de la estancia y le dejó solo. Juan Expósito pasó los momentos peores de su vida. Esperaba que caerían



3.—Y el gas, el petróleo y el aceite se han subido al mismo tiempo.



4.—Y como pagamos tan cara la baratura del vino, va á ser cosa de pedir que lo encarezcan de nuevo.



Llevan cerca de seis meses enseñándose el hocico,

y cuando están frente a frente se dan la mano de amigos.

sobre él toda clase de horrores y tormentos, cuando vió entrar nuevamente al anciano con una bandeja tamaña repleta de fiambres, frutas y pasteles.

—Supongo—dijo por fin al entrar—que te ha traído el apetito.

—Sí, señor—contestó avergonzado el muchacho.

—Pues come.

Cuando Juan Expósito estuvo satisfecho se puso en pie.

—¿Puedes andar?—le preguntó el anciano.

—Sí, señor.

—Pues vete.

Juan Expósito iba á saltar por la ventana.

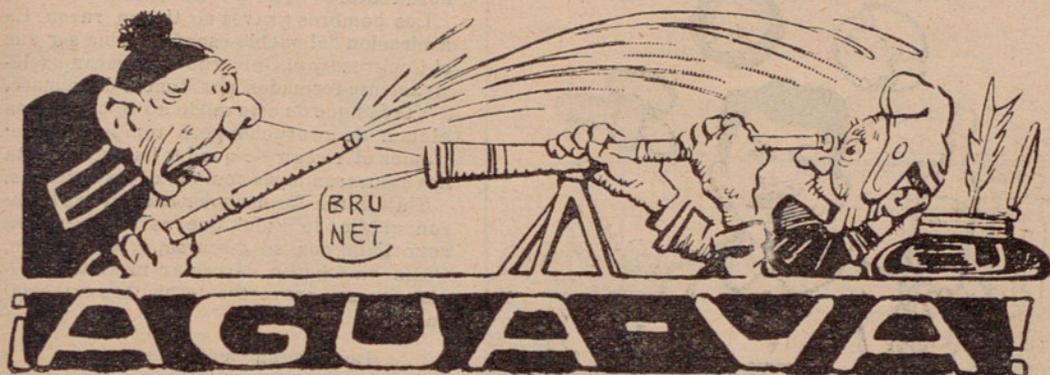
—No, ven, por la puerta—le dijo el amo—; y cuando estuvo en ella añadió, dándole unas monedas: Cuando quieras volver ya sabes que la entrada es esta.

Juan Expósito no volvió á trasponer los umbrales de las cárceles ni á comer el rancho de los cuarteles.

Había aprendido el verdadero camino.

JOSÉ BRISSA.





La nota saliente de la semana ha sido la *misteriosa* llegada de Mr. Arrow, cuya cara, hábitos, hospedaje, proyectos é intimidades conocemos todos como si se tratara de cosa propia.

Los encargados de despistar á las gentes han cumplido á las mil maravillas su cometido.

No les ha faltado más que tirar medio millon de tarjetas para obligar al *mister* á que las fuera entregando personalmente á cada habitante de Barcelona.

Al propio Mr. Arrow le han parecido bien, ó cuan- do menos no le han parecido mal, las precauciones tomadas para que no acudieran todos los barcelone- ses á la estación á recibirle. Mr. Arrow es hombre modesto y le hubiese disgustado que se hubieran echado las campanas al vuelo; le parece su- ficiente con que le hayan interrogado los periodistas y le hayan retratado los fotó- grafos.

Con esto basta para que nadie pueda con fundirle con *Memento*, cosa que al *mister* le preocupaba grandemente.

La única cosa que Mr. Arrow deplora de veras es que se haya dado publicidad al sueldo que trae, ó, para ser más exacto, al sueldo que le trae á él.

Esto prueba que ya le han informado en Londres de que viene á país de *sablistas*, donde no puede vivir en paz un hombre que tenga más de un duro en el bolsillo.

No queremos dejar de hablar de mister Arrow sin felicitar sinceramente á nuestros activos y despiertos compañeros de pluma que con tanto acierto le han buscado para interrogarle.

De todos merece felicitacion especial nues- tro buen amigo Michel, quien, no sólo ha hablado en puro inglés al *detective*, sino que nos lo ha presentado medido y todo.

Gracias al detallista Michel sabemos que mister Arrow tiene seis pies, es decir, dos más que Sebastian Gomila.

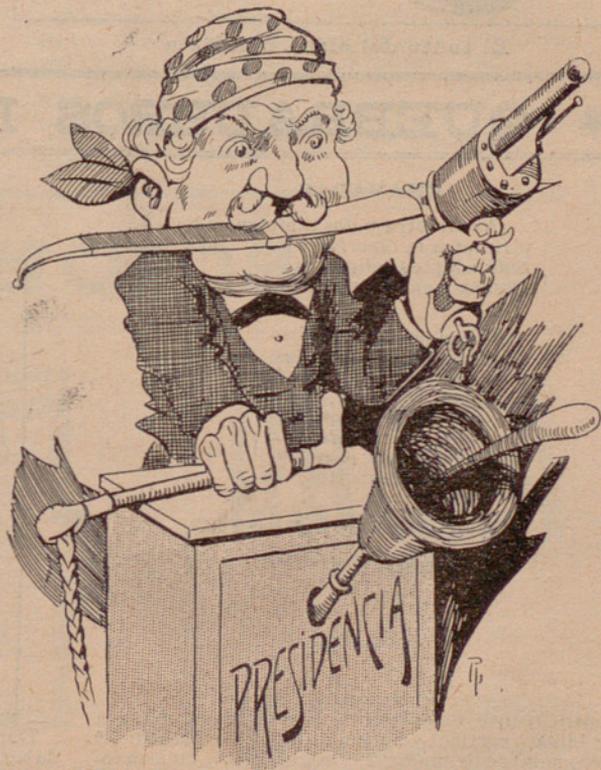
La policía ha detenido á dos individuos apellidados Real, á los que se supone cono- cedores de la vida y milagros de los herma- nos Rull.

Ignoramos si contra los recientemente detenidos aparece algun cargo; pero mucho nos tememos que van á tardar un rato en recobrar la libertad, y todo por culpa del apellido.

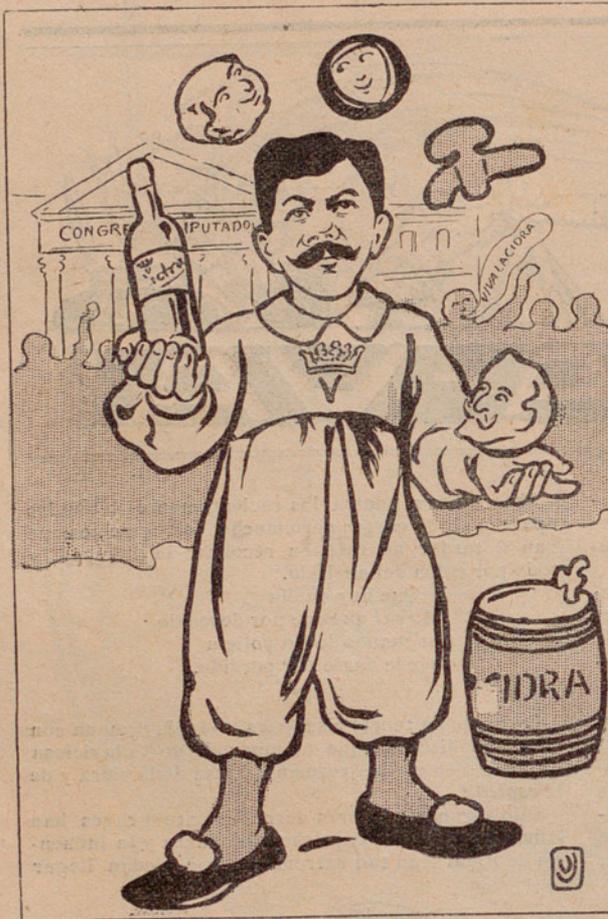
Que hoy en día
el *real* que cae por descuido
en manos de un policía
puede darse por perdido.

La gente ha tenido risa para toda la semana con el ameno discurso que el marqués de Villaviciosa pronunció en el Congreso en defensa de la sidra y de la *espicha*.

Sólo algunos hombres terriblemente graves han lamentado que los caprichos de Maura y la influencia de Pidal sean tan extremados que puedan llegar



Dato en funciones



El tonto del circo maurista

hasta hacer perder el tiempo á los diputados obligándoles á oír las necesidades de un curruero tonto.

Los hombres graves no tienen razón. La aspiración del pueblo español debía ser que el Congreso y el Gobierno estuvieran exclusivamente formados por tontos de remate.

Verdad que de este modo no se haría cosa alguna de provecho; pero tampoco correríamos el riesgo de que los listos con acta nos colocaran leyes como la de los azúcares.

Y ahí están los hechos para darnos la razón: el hijo de Pidal, que es tonto, nos ha regocijado con su discurso, y, en cambio, Osma va á hacer derramar muchas lágrimas con sus proyectos de hombre extremadamente vivo.

Los pazguatos á quien todo extraña y escandaliza han comentado que Sol, olvidando las doctrinas que predicó en otros tiempos en que era menos pancista, haya entrado en el Senado jurando con fe contrita. Mas nosotros, que observamos lo mucho que Sol varía, hemos encontrado lógica su actitud santa y bendita. Y estamos tan preparados á ver cosas inauditas que aun esperamos oír que Sol ha cantado misa.

Cuando el señor Osma se decida á dejar el ministerio habrá quedado como recuerdo de su paso la depreciación, cada vez más acen- tuada, de la moneda nacional.

Claro es que esto ocurrirá en el caso de que el señor Osma se decida pronto á retirarse á su casa, pues si tarda un poco en tomar esta determinación no habrá nada que temer, pues no quedará en España ni una sola moneda que pueda desmerecer.

* QUEBRADEROS DE CABEZA *

CHARADAS

Prima letra y dos también, otra letra la tercera, todo adeptos religiosos cuarta y quinta en aritmética.

Si te piden un favor mostrando gran interés y terciá, prima, segunda, al prima, segunda, tres — ó todo, como tú quieras porque también todo es — deberás hacerlo para no pecar de descortés.

TRIÁNGULO DE PUNTOS

(De Francisco Carré)

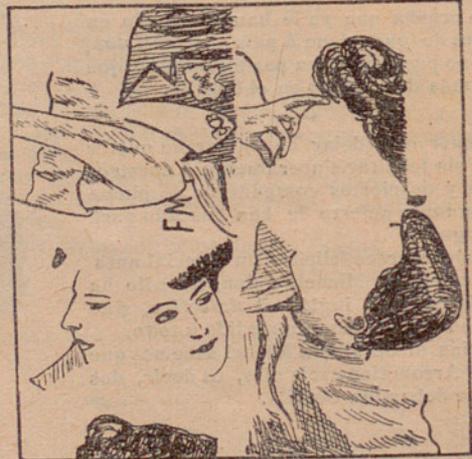
.....
.....
.....

Sustitúyanse estos puntos por letras de manera que leídas vertical y horizontalmente expresen: 1.^a línea, nombre de mujer; 2.^a, vegetal; 3.^a, consonante; 4.^a, negación; 5.^a, vocal.

ROMPE - CABEZAS

(De Francisco Masjuan Prats)

Dedicado á mi amiga ROSITA CASANOVAS



Dando los convenientes cortes y colocando los pedazos obtenidos en su lugar, podrá formarse una amorosa escena.

Rompe-cabezas con premio de libros



¿Dónde se hallan los siete camareros que prestan servicio en esta horchatería?

CANTAR ENIGMÁTICO

El desdichado Manuel en año y medio ha perdido el juicio cantando endechas á la mujer que aquí cito.

ACERTIJO

¿Cuál es el nombre de varon que leído al revés dice lo mismo que al derecho?

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

(De José Prats Serra)

Preposicion letra imperativo nota

Vocal consonante letra pronombre letra



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 13 de Julio.)

A LA CHARADA
Acaramelado

AL DIÁLOGO CHARADÍSTICO
Dora

AL LOGOGRIFO CHARADÍSTICO
Remedio

Soluciones recibidas. — A la charada: María Pagés, Ramon Tous, H. Pons Puig, «Una Catalana», Miguel Ferrer Dalmau, Narciso Perbellini y Mariano Valls.

Al diálogo charadístico: María Pagés, H. Pons Puig, Ramon Tous y José Pals.

Al logogrifo charadístico: María Pagés, H. Pons Puig, «Una Catalana», Francisco Carré, Ramon Tous y Mariano Valls.

ANUNCIOS

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Efervescente de Bishop, originalmente inventado por Alfredo Bishop, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFREDO BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. — Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

SUPERIOR

PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO



CA GENERAL AZUCARERA.

TODOS AL CEBO